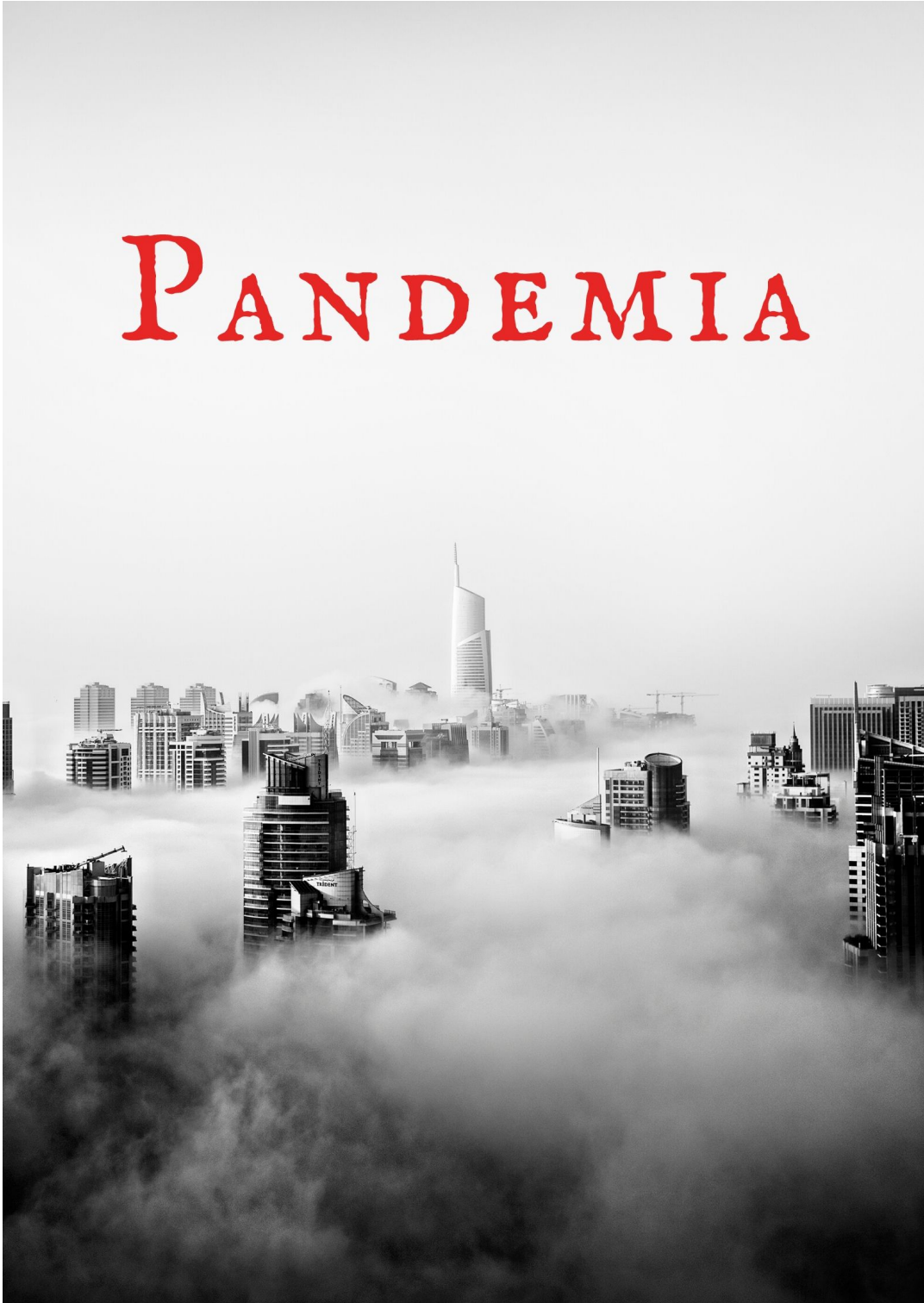


Pandemia

Luisina Giorgetti

PANDEMIA



Capítulo 1

"...a tan solo un mes desde que llegó la pandemia a nuestro país ya han sido confirmados cinco mil casos con un total de setecientos muertos. Sumándoles estos ya son dos millones trescientos mil casos en todo el mundo. Las autoridades hacen todo lo posible para hacer frente a esta problemática, mientras tanto está con nosotros el especialista infectólogo para explicarnos..."

Escuchaba mientras trataba de entrar a la página del banco para pagar mis facturas. Desde que nos obligaron a estar encerrados todos tratan de pasar el tiempo en internet, ya sea viendo series, videojuegos, haciendo estupideces o masturbándose. Claro que otros pocos aprenden algo útil.

Apreté F5 por cuarta vez cuando el portero sonó en la cocina. Me levanté con un suspiro, me dirigí a la cocina y pulsé el botón que abría la puerta principal del edificio; aproveché para buscar una lata de cerveza, aunque no solía beber a esa hora me pareció que tampoco tenía mucha importancia dadas las circunstancias.

Escuché el pitido del timbre y, cinco minutos más tarde, abrí la puerta para recoger la compra de la semana. Desde que había comenzado la cuarentena, once días atrás, absolutamente nadie podía salir de su casa a no ser que fuera por una urgencia médica, por lo que todas las compras se hacían por internet y robots desinfectados eran los encargados de llevar la mercadería a los hogares. Aún así, sugerían esperar a que los aparatos se hubieran ido antes de salir.

"...es decir los INABOTS se meten en el cerebro y lo destruyen?..No lo destruyen, sino que alteran su funcionamiento, en el noventa y cinco por ciento de los casos empiezan por eliminar la inhibición de la persona infectada dando luz verde a todos aquellos actos que no nos atrevemos a hacer por miedo a la condena tanto social como penal: asesinatos, violaciones, vandalismo, en fin cualquier cosas que se nos ocurra.. Algunos piensan que fueron creados a propósito para este fin, ¿qué opina usted al respecto?.. Bueno, creo que hay muchos frikis queriendo crear teorías conspirativas, personalmente me parece que un error de código podría haber..."

Después de haber ordenado los víveres, volví a la sala de estar y apagué el televisor antes de que el impulso de tirarlo por la ventana se apoderara de mí. Era por idiotas como ese que mi cabeza se preguntaba por qué estoy malgastando dinero en el cable.

Volví mi atención a la página del banco apretando F5 sin cesar pero mis pensamientos ya estaban en las llamas internas de la discusión. ¡Por supuesto que había sido una conspiración! Solo un idiota sería capaz de

decir que semejante tecnología con la habilidad de manipular miles de personas en cuestión de segundos, pasando totalmente desapercibida, es producto de un mal diseño, falla en la la lógica o error de programación. Todo fue planeado con anticipación; tengo certeza de eso. Después de todo, fui yo quien los inventó.

Capítulo 2

Estaba en el sofá cabeza abajo con las piernas en el respaldo mientras contaba las rajaduras del techo. Había veintisiete grietas distribuidas en diez tablones; cuatro nudos en dos; y una mancha de humedad en la pared del fondo del tamaño de una sandía, que con toda seguridad venía de la casa de la vieja cornuda de al lado. Le había dicho miles de veces que llamara a alguien para que lo arreglara, pero típica mujer flaca, encorvada, que te mira con cara de asco si le contestas y hace un escándalo cuando algo no le gusta, sin evaluar sus acciones. Me vino a la mente el chirrido del ascensor cuando pasaba por la planta dos, la luz titilante de la entrada que a menudo producía cortos, o el leve olor a gas que a veces se sentía en los pasillos. "Este edificio va a volar a la mierda" pensé.

Sentí un peso en el vientre que dio varias vueltas y se enroscó perezosamente para una tranquila siesta. Estiré los brazos y lo empuje a un lado, no sin quejas por su parte. Había engordado mucho durante ese mes, mas no podía negarle comida cuando me taladraba los oídos con maullidos agudos, sobre todo al momento de cortar pollo.

"...cifra de muertos ascienden a mil quinientos de una totalidad de un millón de casos confirmados. Las autoridades policiales siguen patrullando las calles como medida preventiva, y desde Casa de Gobierno afirman que están haciendo todo lo posible para poner un freno a esta catástrofe. Estamos en línea de teléfono con el ingeniero electrónico Adam Guheim. Ingeniero ¿me escucha?..."

Mis párpados se cerraban como si estuvieran hechos de plomo. Había almorzado una porción de pastel de carne con una copa de vino blanco y comenzaba a sentir que el alcohol entumecía mis dedos junto con mi mente. Tal vez habían sido dos.

"...estamos ante un avance sin igual, había estudios y experimentos al respecto pero nunca habíamos visto el producto terminado, por supuesto la situación actual es trágica, pero no se puede negar que esta tecnología es algo sin precedentes...¿Podría ..-licarnos... funcionan?...Básicamente son dispo-..ivos muy pequeños...¿Robots?...Exacto pe-..podría decirse que s-.. un poco más sofist-...investigando una forma de detect-..."

Las luces blancas me cegaron cuando aparté la vista del microscopio. Me restregué los ojos, creando constelaciones temporales en mi visión y miré la cara barbuda de mi supervisor.

Sé que es un proyecto importante pero este es el representante de la compañía de la que te hablé – dijo levantando los brazos en señal de rendición; sacando la bandera blanca antes de la batalla – Este es el señor

Viettro, de TechCo.

Mi supervisor, el gerente de las cuatro divisiones más importantes del laboratorio, se giró hacia un lado para descubrir al invitado. Un hombre de traje gris oscuro y expresión hosca me tendió la mano con fría formalidad. Alto, de pómulos pronunciados y cejas encanecidas pobladas, tenía la pinta de financiero de empresa grande que pasa el día calculando el costo de cada cosa que ve. O mejor dicho, la fórmula para que los peces gordos que tenía de jefes pudieran seguir con sus fiestas.

- Es un placer – dije. El hombre asintió en respuesta. Idiota.

- Er.. el señor Viettro se preguntaba si podías explicarle más sobre el proyecto – dijo mi supervisor con una de sus miradas que gritaba '¡Compórtate por favor!'

“Todo creador debe estudiar marketing” me había dicho. “Puedes tener el mejor producto del mundo, el más innovador, el más práctico, el más estético, pero si no sabes cómo venderlo te lo pisarán como a un trapo, hasta puede que le hagan mala fama. Todo se resume a la primera impresión, después de eso la gente se hace una idea preconcebida y tu trabajo se va por el desagüe. Recuérdalo.”

- Estamos trabajando en nanorobots inteligentes, o INABOTS como yo los llamo. No quiero aburrirlo con tecnicismos pero en esencia son como los robots que conocemos solo que a escala nanométrica. El objetivo es poder programarlos o comandarlos en tiempo real. - me humedecí los labios – Sería un salto enorme en el ámbito de la nanomedicina.

- ¿Dijo estamos? ¿Hay alguien más involucrado en el proyecto?

- Simple modestia. – rió mi supervisor – El cerebro intelectual y material de la operación lo tiene frente a usted. - dijo señalándome.

- ¿En cuánto estaría listo el primer espécimen funcional? - preguntó la calculadora humana.

- Si todo va según lo planeado, en dos meses tendremos el primer prototipo. Siendo optimistas, podríamos lograr el primer INABOT para septiembre.

- Muy bien, estaré en contacto. Mañana le haré llegar el contrato.

El hombre dio media vuelta y, sin decir más, se dirigió hacia la salida. Mi supervisor alzó los pulgares con una sonrisa propia de un niño en navidad antes de seguirlo. Sonreí antes de volver al microscopio. Realmente me agradaba; carismático, de buen corazón, decidido, humilde, equitativo.

Todo lo que debía tener un buen jefe a mi entender.

Y ahora el pobre bastardo estaba muerto.

*"...le agradecemos por su tiempo ingeniero, ha sido muy amable.
Tenemos mucha más información después de la pausa, ya volvemos"*

Me sobresalté cuando Drexler tironeó de la manga de mi suéter. Lo aparté de un manotazo que esquivó con agilidad y volví la vista hacia el techo. Veintisiete grietas. Había jurado que ayer eran veintiséis.

Capítulo 3

- ¡Mierda! – gruñí cuando me quemé con el soldador - ¿Por qué no vas a echarte cerca de la ventana y dejas de molestar? Siempre estás en el medio.

Drexler me miró como si fuera una de esas molestas moscas de fruta, se estiró levantando los cuartos traseros y volvió a echarse encima de mis planos, cagándose en mi sugerencia.

"...¡No podemos seguir así! Llevamos seis meses encerrados como animales.. ¿A qué se dedica?.. Soy cajera de un supermercado, y mi marido tiene una tienda de libros, esto nos está matando ¿cómo es que no han solucionado el problema todavía? ¿No pueden desconectar esas cosas?.."

- Pueden señora, la verdadera pregunta es si quieren – dije a la nada.

Terminé de soldar el soporte y fui a buscar la cubierta al cajón de la cocina, aquel donde guardaba las porquerías que nunca usaba. El mantel de plástico grueso desteñido con estampado de frutas tropicales era lo único impermeable lo suficientemente grande como para forrar el casco. Tampoco me daba lástima; en el medio del panorama hasta daba gracia.

Marqué el largo y el ancho con un bolígrafo y recorté lo que sería la cara superior. Hice lo mismo con tres de las caras laterales, reservando una para el visor. Dejé los cuadrados a un lado y fui a buscar los viejos apuntes de la universidad; había pensado en tirarlos infinidad de veces pero, por alguna razón, siempre se las arreglaban para sobrevivir. Muchos hubieran dicho que fue intuición o una especie de presentimiento; yo hubiera apostado a mi capacidad de procrastinar con las cosas que consideraba mundanas, tediosas.

Pasé diez minutos revolviendo los libros tirados por el piso hasta que junté tres volúmenes gordos, de esos que se conseguían en la fotocopidora y que los estudiantes sacaban para ahorrar unos billetes. Creía que con dos alcanzaría, aunque no estaba de más prevenir. Les arranqué las tapas transparentes, con cuidado de no romperlas; recortarlas en las medidas justas me costó más de lo que había pensado.

- No corta ni el algodón.

Hice nota mental de afilar la tijera si todo salía bien.

Atisbé la cola de Drexler, que estaba masticando su alimento, mientras iba a buscar el pegamento a la caja llena de mis herramientas que yacía en el suelo. Los pedazos restantes de la estantería estaban apoyados en la

pared del fondo, cerca de la mancha de humedad creciente. Había tenido que sacrificarla para sacar los pasantes de chapas que formarían parte de la estructura del casco; hasta me aseguré de cortar y martillar al lado del pringue mohoso para que la vieja disfrutara la melodía del trabajo.

Luego de pegar las ex-tapas de libros juntas y a la base, seguí con los retazos del mantel. Por último, até el arnés que había hecho con pedazos de tela y varios cinturones a los extremos para que aseguraran el casco a mi torso. El sol entraba en tonos anaranjados por la ventana cuando terminé.

Levanté los brazos y me crují la espalda. Mis ojos miraban a mi creación como el doctor Víctor al demonio Frankenstein. Era horrible, improvisado, poco práctico, mal hecho, y dudaba que pudiera respirar dentro por más de quince minutos. Aun así, era lo que había y el tiempo apremiaba.

Me senté en el sofá con unos fideos recalentados. La cajera de supermercado se había ido hacía rato y en su lugar estaban pasando un programa viejo de preguntas y respuestas. Los participantes iban abriendo cajas a medida que contestaban bien hasta que llegaban a una caja final en la que duplicaban el valor de lo acumulado o volvían a cero. Todo o nada señoras y señores, aquí no nos andamos con chiquitas. Dos huevos sobresalían de la cara del presentador cuando sonreía pícaro a los dos concursantes, una mujer con corte carré y un hombre con exceso de cerveza.

“Debe ser operado. Podría cortar con ellos” pensé.

A eso de las once de la noche me vestí con camiseta y pantalones negros; guardé en una mochila la netbook con su cargador, una botella de agua, el celular, unas gafas de sol y una linterna; y me puse la burbuja anti-INABOTS.

- Es cuadrado, no tiene nada de burbuja – me dije.

El casco estaba formado por un cubo que cubría la cabeza; dos chapas que salían desde la mitad de las aristas inferiores perpendiculares al visor, y se curvaban levemente siguiendo el contorno del trapecio; otras dos chapas que se torcían hacia abajo desde los hombros hasta la altura del pecho. Todo cubierto por el mantel en la parte del cubo; tela áspera negra en el resto.

Pesaba bastante, era tosco, más incómodo que pisar los caracoles de mar rotos con los pies descalzos; pero ya estaba en el baile. Mi mente estaba decidida.

Drexler descansaba sentado en sus cuartos traseros junto a la puerta, mirándome con aquellos ojos juzgadores. Le había comprado dos

dispensers, uno de comida y otro de agua, hacía varios años porque, como en aquel momento, a veces me enfrascaba tanto en mi trabajo que me olvidaba del mundo alrededor. Los había rellenado unos días atrás, por lo que calculé que tendría suministros por un mes.

Lo pasé de largo, ignorando su maullido. Pensé en cerrar la puerta como haría en una situación normal. Agarré el paragüero y lo interpuse entre la puerta y la pared; por lo menos podría salir si no regresaba. Tampoco importaban los ladrones en una ciudad donde nadie salía de su casa.

- Reza para que vuelva, sino te vas a morir de hambre – le dije antes de irme.